# *A LA ALTURA DE LAS CIRCUSTANCIAS* O LA INMERSION DEL HOMBRE EN LA HISTORIA

*A la altura de las circunstancias* es la tercera parte de *Clamor,* libro escrito por Jorge Guillén entre los años 1949 y 1963. La primera parte, titulada *Maremagnum,* se publica en 1957; la segunda, denominada *Que van a dar en la mar,* en 1960 y la tercera parte, objeto de nuestro estudio, en 1963. Si bien cada parte del conjunto del libro constituye una individualidad, Oreste Macrí ha señalado cómo en *Que van a dar en la mar* se recogen poemas de la época anterior (pertenecientes a 1949 y 1950), al igual que en *A la altura de las circunstancias* se pueden encontrar poemas escritos entre 1950 y 1960.[1] La obra, subtitulada *Tiempo de historia,* remite ya al deseo de Guillén de permanecer dentro de su momento histórico.[2] Esta apertura a la realidad que le rodea marca la poesía del autor con un sentido de negatividad, desorden y desequilibrio, del que sin embargo emerge siempre la esperanza. Pese a ello, no es posible hablar de *Clamor* como algo desligado, sin conexión con su primera obra, pues el sentimiento de *Cántico* sigue trasluciéndose a lo largo de este libro. Elsa Dehennin ha de-

---

1 Oreste Macrí, *La obra poética de Jorge Guillén,* Barcelona: Ariel, 1976, pp. 297-298.

2 Véase el artículo de Pierre Darmangeat «Jorge Guillén ante el tiempo de historia», *Revista de Occidente* (1974), 58-75.

mostrado este proceso al estudiar detenidamente los campos semánticos de *Cántico* y de *Clamor;* «*Que van a dar en el mar* y *A la altura de las circunstancias* confirman la continuidad ejemplar de esta obra y a la vez la inmersión progresiva dentro de lo humano —no lo contemporáneo—, lo humano con todo lo bueno y lo malo que tiene, lo individual y lo social: su alegría básica y sus dolores circunstanciales».[3] Ignacio Prat ha revelado que no solamente es factible encontrar en *Cántico* poemas negativos, sino que incluso esta aparente contradicción no es tal, cuando al analizar las formas métricas de la obra, se aprecia que frente a un porcentaje de un 68,4 % de formas isométricas en *Cántico,* existe un 73,1 % en *Clamor.*[4] Estudiando la trayectoria de Jorge Guillén en relación a la de otros compañeros de generación como Lorca, Alberti, Aleixandre o Dámaso Alonso, Blecua constata cómo la aparición de lo histórico no supone una ruptura en su estilo poético «porque su perfección final, sigue siendo impecable, y además su lengua poética se enriquece, dando entrada a elementos coloquiales, irónicos y burlescos».[5] En la misma línea se sitúa E. Alarcos Llorach tras estudiar la lengua de Jorge Guillén en varios poemas escritos con algunos años de diferencia, llegando a la conclusión de que «la expresión se hace más discursiva y morosa, menos metafórica y más directa, con tono sentimental de agridulce sobriedad, y predomina la función expositora» considerando que «la alteración, se ha producido en los contenidos que manifiesta».[6]

La continuidad (constante de su poesía), entre estas dos

---

[3] Consúltese el artículo de Elsa Denhennin «Continuidad y evolución en la obra poética de Jorge Guillén: Los campos semánticos en *Cántico* y *Clamor*», *Actas del Congreso Internacional de Hispanistas* (Burdeos, 1977), 319-334.

[4] Ignacio Prat, *Aire nuestro de Jorge Guillén,* Barcelona: Planeta, 1974, p. 119, y «Márgenes de Aire Nuestro», *Camp de l'arpa,* 91-92 (1981) 18-25.

[5] José María Blecua, «La originalidad de una obra», *Camp de l'arpa,* 91-92 (1981), 13.

[6] Emilio Alarcos Llorach, «La lengua de Jorge Guillén: ¿unidad, evolución?», *Revista de Occidente* (1974), 56-57.

obras, se ve también ratificada por el mismo autor, al aglutinarlas junto a *Homenaje* bajo un único libro, *Aire nuestro* (1968). En él se vislumbra más claramente cómo al hallazgo del «ser esencial» de su primera época, se impone el «ser existente y contingente» de su proceso posterior.

*Clamor* es un libro de descubrimiento, angustia y finalmente esperanza. El yo del poeta, maravillado anteriormente ante un mundo bien hecho, viviendo plenamente el «aquí» y el «ahora», se enfrenta de repente con el dolor, la injusticia, el desorden y la muerte. Guillén, que ha vivido los difíciles momentos de la dura guerra civil española, sufre las consecuencias de ésta desde su destierro. Por otra parte, mueren en 1947 su mujer Germaine, en 1950 su padre y en 1951 su amigo Pedro Salinas.[7] Aquel poeta, enamorado de la contemplación del mundo del «ser», inmerso dentro de una generación de la que él mismo, años después, nos dirá que tenía «tiempo libre: libre para que se cumpliese cada destino individual»,[8] se sumerge dentro de la comunidad humana buscando en el hombre la esperanza.

El hecho de que *Clamor* comience con un poema titulado *Lugar de Lázaro,* cuyo asunto es la vuelta a la vida de un ser que se levanta para volver a andar de nuevo por segunda vez, es ya símbolo de la actitud de Jorge Guillén que opta por volver a enfrentarse al mundo como hombre y como poeta desde una nueva óptica. A lo largo de las distintas obras que integran *Clamor,* se percibe la continua evolución del pensamiento guilleniano acerca de la naturaleza del hombre, protagonista esencial de su poesía. En la primera parte se presenta un hombre postbélico, amenazado por la desintegración; en la segunda, el hombre agónico y personal que se debate entre el pasado y el futuro, un hombre que, en la tercera parte, termina por reconstruirse a nivel de principios eternos y de su historia auténtica.[9] Este cambio se deja traslucir, como señala Joaquín

---

7 Véase Francisco del Pino Calzacorta, «La vida como fuente o la vida en obra de Jorge Guillén», *Camp de l'arpa,* 91-92 (1981), 6-11.

8 Jorge Guillén, *Lenguaje y poesía* (Madrid: Alianza, 1976), p. 192.

9 Oreste Macrí, o. c., p. 298.

Casalduero, en el distinto clímax temporal que hay en el libro. «El tiempo de *Clamor* es de una gran agitación, primero; después el adagio se hace apasionado; por último se sale del ritmo elegíaco y nostálgico para volver a la agitación primera, tratando de mantenerse a flote, de no naufragar».[10]

La primera parte, *Maremagnum,* es una obra fruto de una determinada situación histórica, política y geográfica de un mundo en el que se inserta el drama del poeta-emigrante. Guillén se debate una y otra vez entre la resignación y la protesta, exteriorizándose en un desgarramiento de formas y contenidos. La Nada lucha con el Ser y el hombre, humillado por el dolor y el sufrimiento, se ve amenazado por el fluir del tiempo y la inminencia de la muerte. En la segunda parte, *Que van a dar en la mar,* título inspirado en un verso de Jorge Manrique, la situación histórica planteada en *Maremagnum* continúa. Los grandes problemas del hombre, la muerte, el fluir del tiempo, la vejez y la juventud, la enfermedad, el amor, el olvido, la creación, la emoción..., dan vida a los poemas guillenianos. El autobiografismo llega a ser total, mostrando un hombre que se aferra a la vida, pese a la conciencia de un inminente fin. El tema del amor, vivido como recuerdo ante la muerte de la amada, alcanza en esta obra cotas insospechadas. Este ritmo elegíaco, profundamente nostálgico y agónico, deja paso de nuevo a un ritmo más agitado, más interrogante, en la tercera y última parte del libro, *A la altura de las circunstancias,* donde Guillén se vuelve a aferrar a la esperanza, y termina la obra con una dedicatoria final, en la que recoge una frase de Pedro Salinas, su íntimo amigo, donde se vislumbra ya dicha esperanza:

> «Mientras haya
> alguna ventana abierta»
>
> Pedro Salinas [11]

---

[10] Joaquín Casalduero, *«Cántico» de Jorge Guillén y «Aire nuestro»* (Madrid: Gredos, 1974), p. 253.

[11] Jorge Guillén, *A la altura de las circunstancias* (Buenos Aires: Losada, 1963), p. 172. En adelante indicamos entre paréntesis en el texto la página de esta edición.

## SENTIDO DE LA OBRA: EL INDIVIDUO Y SU ENTORNO

*A la altura de las circunstancias,* se manifiesta como un claro exponente del compromiso del autor con la realidad, existente en el resto de las obras que integran *Clamor.* Este propósito es puesto ya de manifiesto desde el momento en que, en un primer acercamiento al libro, se lee una cita perteneciente a Antonio Machado, que dice así:

> «Es más difícil estar a la altura de las circunstancias que au-dessus de la mêlée».

La obra supone una vuelta a la temática objetivo negativa de *Maremagnum.* Guillén sigue atento al hombre, habitante en la tierra, al hombre humilde y cotidiano, intensificándose «el complejo dictatorial-bélico-metropolitano de alienación, maldad, esclavitud, miseria, estupidez [...], lo que Guillén llama maremagnum y en particular, clamor».[12] Su interés por el hombre pasa así a un primer plano junto a los grandes temas del repertorio guilleniano: la actitud del ser individual frente al ser colectivo; la angustia por el fluir del tiempo; la conciencia de una inminente muerte; el amor como fuente de vida para el ser... La religión, apenas tratada en sus libros anteriores, hace su aparición con un ímpetu desbordante.

La riqueza en el tratamiento de estos temas, y la profundidad en la visión de las circunstancias que rodean a éstos, hacen de la obra un objeto continuo de descubrimento para la sensibilidad del lector que se acerca a ella. En el desarrollo de este libro, el autor no toma como centro de su poesía la exaltación del ser entendido como absoluta dicha, al igual que lo hiciera en *Cántico.* Guillén adquiere conciencia de la naturaleza del mundo en que vive e intenta comunicar su experiencia a través de la poesía. Su despertar a la historia se manifiesta en una concepción del ser como contradicción, fuera

---

12 Oreste Macrí, o. c., p. 374.

de la perfección en sus manifestaciones, amenazado por continuos peligros y acechanzas, pesando sobre él el caos, el dolor y la muerte.

En un poema titulado *Dimisión de Sancho,* estructurado en siete apartados, deja ver una concepción del ser, cuya plenitud está en la participación con la realidad cotidiana del universo, y en su saber actuar conforme a su naturaleza humana, única clave de su existencia:

> «Sancho es Sancho,
> Y en su puesto, ceñido por sus límites:
> Realidad entrañada,
> De veras plenitud bien asumida.
> El ser se abraza al ser, su ser, el único
> Factible» (p. 66).

Guillén ha abandonado la idea de un ser «esencial» para derivar a la de un ser «contingente», incidiendo en la necesidad de «estar», es decir, de integrarse dentro de una problemática histórica, para lo cual ninguna adversidad sirve como obstáculo:

> «Dijo mi amigo:
> —Nadie me estorba.
> [... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
> Lo esencial es ser.
> — Y estar.
> — Hay que estar para ser» (p. 40).

El libro comienza con un poema titulado *A pique,* cuyo contenido conmociona al lector. En él, muestra lo que piensa acerca del presente de la humanidad, y proporciona a la vez la tónica fundamental sobre la que basará todo el libro: la preocupación por el género humano en su presente y en su camino hacia el porvenir. Se aprecia cómo compara a los hombres con unas ratas, supervivientes en un barco que va a la deriva, exterminados poco a poco por la fuerza del azar de

un mundo que se autodestruye lentamente y para el que el poeta no ve ninguna salvación posible:

> «Ratas son, ratas del perdido barco,
> Todavía vivientes en deshechos
> Mástiles y tablones
> [... ... ... ... ...]
> ¡Ay, ni clamar podrán a su Señor!» (p. 12).

Guillén tiene una concepción negativa sobre la naturaleza humana. Frente a aquel poeta de *Cántico,* que se maravillaba ante la perfección del ser, surge un poeta consciente del lugar del hombre, situado a caballo entre el bien y el mal. El hombre no es ya para éste el ser superior, espiritual, poseedor de una perfección que se levanta por encima de todo el universo, sino un animal caracterizado por una crueldad que no es comparable a la de ningún otro ser y por la que es fácil distinguirlo entre todos los animales. En el poema titulado *Dimisión de Sancho,* llega a decir:

> «Sobre el bulto irrisorio pesa, goza
> La brutal pesadumbre
> De una masa *con saña sólo humana:*
> *Brutos pies de animales*
> *Que sólo pueden ser* —miradlos— *hombres*» (p. 58).

Consecuencia de esta pérdida del orden universal, de esta consciencia de la doble naturaleza, diabólica y angelical del hombre, es la situación caótica del mundo que presenta: un mundo amenazado por la guerra y la destrucción, cuya pérdida absoluta de valores ha degenerado en una crisis total de la Humanidad, materializada a través de las terribles contradicciones y situaciones a las que se ve sometido el ser humano:

> «Ni héroe ni *monstruo.* Una figura humanísima
> que arrolla desbaratando y arrasando a estilo
> de Naturaleza con furor geológico y mental.
> Pero no. *Es crisis de Historia*» (p. 140).

La búsqueda sin fruto de una serie de objetivos y la pérdida de una conciencia humanitaria impulsan a los hombres a

una lucha continua entre sí, a una loca carrera por la adquisición de todos los medios destructivos más eficaces para el exterminio de sus congéneres:

> «Las bombas están ahí y aguardan su plenitud.
> Los medios pesan más que los fines» (p. 159).

No obstante, estas armas de doble filo se vuelven contra sus creadores y poco a poco van sustituyéndole y contribuyendo a su despersonalización y deshumanización. Estas, que han hecho al hombre creerse un dios, capaz de dominar un mundo, que irónicamente se le va escapando de las manos, termina a la postre ayudando a su destrucción. Guillén arremete en numerosos versos contra el poderío de éstas, para las que parece que no hay empresa imposible de llevar a cabo. Las maravillas de la técnica pueden volverse contra el hombre como en el caso del coche de carreras, cuya velocidad es capaz de originar un aminoramiento en la distancia que separa al hombre de la meta final, la muerte:

> «De un público, se disparan
> *Automóviles furiosos*
> Dentro de sus propias ráfagas.
> Uno, más furioso, vuelca.
> Y se enciende. ¡Más! Y estalla
> Clamor. *Son muchos los muertos.*
> *Gran carrera hasta la nada*» (p. 101).

Como hito dentro de este proceso deshumanizado, al que el hombre tecnocratizado se ve sometido, Guillén presenta la forma de transcurrir la vida del hombre dentro de la gran ciudad. Esta es para él, la causante del constante proceso de masificación al que el individuo va tendiendo poco a poco y gracias al cual la individualidad del ser humano apenas tiene cabida:

> «Esta vez sí se desequilibra el planeta. Sobre los magníficos se derrumban los colores, *y los sujetos,* uno a uno sujetos, *engrosan multitudes que son, ¡ay! masas compactas*» (p. 141).

La gran ciudad, o la gran «selva», como prefiere denominarla Guillén, termina siendo también la gran célula donde se pueden apreciar las terribles desigualdades existentes entre los hombres. Es consciente de que existe otra cara de la ciudad que su ventana no llega a vislumbrar, oscurecida por la miseria que hace a sus habitantes ser «muy poco su ser». Guillén se siente perdido dentro de un mundo en el que sus seres han olvidado la conciencia de sus propios límites, y donde las relaciones humanas apenas cuentan. El hombre ya no es hombre, sino un elemento más integrante de éste, como pudiera serlo cualquier máquina:

> «Por la gran ciudad, otea
> *Los bultos durmientes,* lejos
> En pública noche: selva» (p. 101).

La frialdad en las relaciones afectivas entre los hombres, fruto de la deshumanización que vive este mundo, le conduce al aislamiento, a la soledad y, finalmente, al sueño, una atrayente salida, en ocasiones, a su desesperación. El tema del sueño, como en otros tantos escritores de su misma generación, tiene en Guillén unas resonancias quevedescas bastante importantes. El sueño es entendido por el poeta como un medio de llegar a encontrarse el hombre consigo mismo. Inmerso en el gran remolino del universo y de la historia, sólo halla sosiego y paz, únicos caminos de profundización en su propio ser, a través de la penetración en el mundo del sueño:

> «Aquel hombre, perdido,
> *Duerme, duerme, se encuentra:*
> *Ya es él*» (p. 60).

La posibilidad de llevar a cabo por medio del sueño una serie de ideas y proyectos, completamente imposibles de realizar en la realidad, le da a éste un carácter de utopía y liberación, que le hace ser anhelado continuamente por el poeta:

> «*Tenderme otra vez sobre el lecho,*
> Hundirme en la tiniebla mía, MUY TEMPRANO
> Negar que ya el sol es un hecho,
> *Salir a rutas de utopía*» (p. 105).

Ante este mundo sin sentido, a Guillén sólo le queda la facultad de denunciar con excepticismo el peligro de una autodestrucción del universo, con unos efectos secundarios que anulan sin cesar el desarrollo de unos hombres que en otras circunstancias, fuera de la «gran locura humana», serían probablemente distintos:

«Y le vuelve la asfixia de aquel orbe
Sumiso el duelo absurdo de los átomos,
Planeta indivisible de su crisis» (p. 156).

Esta carrera sin sentido se refleja en la obra guilleniana en los distintos poemas donde aparece un tema nuevo con respecto a *Cántico*, el tema de España, vista en su presente y en su pasado. *Despertar español* es un poema estructurado en cinco partes, donde expresa su sentir como hombre español, ante las circunstancias históricas de su patria, siendo comparable al de los poetas de su misma generación más comprometidos con la realidad histórica española:

II

«Ay patria,
Con malos padres y con malos hijos,
O tal vez nada más desventurados
En el gran desconcierto de una crisis
Que no se acaba nunca,
Esa contradicción que no nos deja
Vivir nuestro destino,
A cuestas cada cual
Con el suyo en un ámbito despótico...
Ay, patria,
Tan anterior a mí,
Y que yo quiero, quiero
Viva después de mí — donde yo quede
Sin fallecer en frescas voces nuevas
Que habrán de resonar hacia otros aires,
Aires con una luz
Jamás, jamás anciana.
Luz antigua tal vez sobre los muros
Dorados
Por el sol de un octubre y de su tarde:
Reflejos

De muchas tardes que no se han perdido,
Y alumbrarán los ojos de otros hombres
— Quien sabe — y sus hallazgos» (p. 15).

En él, Guillén se lamenta de la situación negativa en la que vive su pueblo, sometido a una contradicción que le impide cualquier tipo de desarrollo de su personalidad humana. Sin embargo, es consciente de que el pueblo español no es culpable en sí mismo, sino víctima de un sistema dictatorial, que entorpece la realización de su destino. Este tema del dictador lo volveremos a encontrar en otras ocasiones a lo largo de la obra, tratado más o menos extensamente, o simplemente a manera de apunte, como en esta cuarteta, inserta en uno de sus tréboles:

«Tengo un capricho de Goya:
'El dictador cree en Dios'
Como de su Dios va en pos
En muchos muertos se apoya» (p. 91).

A pesar de esta caótica situación, Guillén se siente integrante de este pueblo con todo su corazón de hombre y de poeta, ratificándose en la idea de que aquella «luz / jamás, jamás anciana» —es decir la esperanza— sea la base recogida por el relevo de las nuevas generaciones, «frescas voces nuevas», de un futuro fructificante para una España que tantos años ha perdido. Sólo la solidaridad, basada en el amor a la patria a pesar de las contradicciones y desastres será la solución a este conflicto planteado.

Junto a este largo poema, se encuentra otro, también extenso, titulado *La sangre al río,* en el que mediante una técnica desgarrada da su visión sobre la guerra civil española y sus consecuencias. A través de sus versos se vilusmbra un Guillén insólito, desconocido, en cuya memoria, representante de la memoria de la patria, permanecen todavía los fantasmas del pasado de la guerra civil española:

«No valdría la pena
Contar su historia a quien jamás la olvida» (p. 46).

El poeta va narrando a través de las cuatro partes cómo la muerte y el dolor triunfan sobre toda manifestación de vida, dejando sólo crecer en el hombre los sentimientos del miedo y el odio; el tiempo transcurre y la paz, que no es otra cosa que el fruto del crimen, es ocultada por la miseria y la represión:

«Extiende la miseria sobre muchos.
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
Extinta, ya lejana tanta lucha,
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
Esta es la paz: el crimen de la paz» (p. 50).

Pero a pesar del absurdo de todo y de que al final sólo permanece la sensación de pérdida en la nada, Guillén se rebela y manifiesta con voz esperanzadora que la vida «vuelve a las andadas, / Y entre ruinosos restos / Asoma el amarillo jaramago» (p. 51). La historia queda, pues, abierta.

Así, al lado de esta visión negativa de la existencia del ser en relación con su universo y más concretamente con su historia, Guillén se da cuenta de que el hombre, pese a su carácter contradictorio, «¿Creador, destructor?», posee una naturaleza por la que merece continuar viviendo, y a causa de la cual el poeta opta por él, autoafirmándose él mismo como criatura humana:

«Negrura, luz, un respiro,
Trabajo, dolor, amor,
*Ser hombre es lo que yo admiro*» (p. 96).

«*La más ilustre de las bestias*» es presentada en su otra cara como un continuo proyecto hacia algo, como una tentativa no acabada jamás, cuyo trabajo y amor, en solidaridad con todos los hombres, motiva que el poeta crea en ella:

«Creo en la voluntad
De este planeta humano:
Planeta de alimañas» (p. 132).

De ahí que Guillén rechace cualquier tipo de anulación del hombre frente a un ser superior y construya un largo poe-

ma titulado *Las tentaciones de San Antonio.* Estructurado en cuatro partes, comienza ya con una cita de Antonio Machado, exaltando el valor de ser hombre como el valor supremo:

> «...por mucho que valga un hombre,
> nunca tendrá valor más alto que el
> valor de ser hombre» (p. 112).

Por medio de una técnica narrativa, presenta la figura de un hombre, San Antonio, debatiéndose sucesivamente entre las tentaciones del hombre instinto y del hombre angelical; ambas situaciones son rechazadas para manifestarse a favor de la realidad concreta, cotidiana, llena de contradicción, pero al fin y al cabo humana. El poeta-hombre termina este poema con un canto a los hombres con los cuales, a pesar de la dificultad de la convivencia, se siente totalmente identificado:

> «...No, no es fácil
> Compartir la jornada con los seres
> En torno, muy capaces de ser algo
> —Todavía futuro— si la hora
> Circunstancial se eleva hasta niveles
> Bien convividos de figura humana.
> [... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
> La vocación no induce a descarríos
> Diabólicos ni angélicos. Antonio
> Sueña a diario con su fin: el ser hombre» (p. 127).

La finalidad y sentido máximo de la vida del ser, es identificada por Guillén con el amor, manifestación extrema del ser, fuente de su plenitud:

> «*Amor*
> Que, si no mueve el sol ni las estrellas,
> *Da sentido supremo a vida humana*» (p. 38).

Si en *Cántico* el amor se entendía principalmente como un medio para lograr el paraíso de la realidad total, en esta obra, el tratamiento es mucho menor en extensión, y atiende más al amor en sí mismo, que a su valoración como medio. El poeta se presenta como un amante que se inspira en una

mujer. Esta es la que condiciona con su relación la conducta del escritor, cuya actitud hacia ella es casi de adoración:

«Soy clavel si eres jardín,
Soy toro si eres dehesa,
Si eres alta mar delfín:
Adoración en ti presa» (p. 89).

La identidad de esta mujer es dada a conocer por Guillén (extraño por otra parte en toda su producción poética) en dos poemas dirigidos a ella; uno, de expresión bastante sensualista, titulado *Doliente,* y otro dedicado a ella ya desde el título del mismo, *Inmortal Isabel,* cuyo motivo es la ratificación del poeta en su amor:

«Tan sencilla
—Voz y piel—
Con tan imperioso encanto,
Ya Isabel,
Sobre quien te quiere tanto
Como el del cantar aquél» (p. 92).

El poder generador del amor es resumido en un pequeño poema inserto entre otros bajo el título de *Tréboles,* en el que expresa su idea de que el amor puede ser experimentado tan fuertemente que sólo su recuerdo llega a dar sentido a una vida, a pesar del continuo poder destructivo del tiempo y de su consecuencia más inminente, el olvido:

«Tanto de joven amó
Que vive porque recuerda.
El corazón y el relo(j)
Se entienden y les da cuerda» (p. 108).

Para Guillén, el tiempo actúa como determinación del ser, y por tanto su naturaleza es esencialmente negativa para éste. Su continuo fluir, unido a la acción corrosiva que produce en la naturaleza del hombre, se impone duramente a éste, quien, consciente de ello, no tiene otra solución que aceptarlo así. No es difícil apreciar que el tratamiento del tiempo en esta obra, muy cercano al «Carpe diem» de los hombres del Medie-

vo, difiere totalmente de la concepción del tiempo como eternidad, manifestada a través de las páginas de *Cántico.*

Guillén es consciente de la acción destructiva que conlleva el tiempo en numerosos momentos, pero especialmente en la contemplación de las ruinas de la Antigüedad. A lo largo de un poema, titulado *Ardiente,* se percibe cómo el paso del tiempo ha dejado su huella sobre los restos del antiguo «egregio mundo», ahora habitado únicamente por algunos animales y asomos de vegetación. La sensación de estar a merced de su ferocidad es vivida visceralmente por el poeta:

> «Implacable, feroz, transcurre el tiempo,
> Tiempo grave de Historia» (p. 51).

motivando con su continuo transcurrir su rebelión, consciente, desde su pervivencia interior de estar apurando su propio tiempo. Este sentimiento de rebelión ante un destino que vislumbra como inminente, le arranca versos y versos en los que expresa su ansia de permanecer en la tierra:

> «No me podrán quitar el dolorido
> Sentir
> Ni el otro que me afirma con el orbe,
> Clara ya el ansia de perduración» (p. 137).

Junto a esta consciencia de un continuo fluir, Guillén habla también de la lentitud con que puede llegar a desarrollarse en determinados momentos. Así en un poema denominado *Tiempo de vivir,* manifiesta que, mientras está observando el mar, siente transcurrir el tiempo más lentamente:

> «Es el Adriático. Siento
> Fluir el tiempo más lento» (p. 33),

al igual que sucede cuando se deja llevar por la contemplación de una rosa que se está entreabriendo:

> «Esta flor me seduce: *da*
> *Con el mediodía la aurora*» (p. 93).

Pero, en general, el transcurrir del tiempo provoca en nuestro poeta una sensación de angustia vital, que va a pre-

valecer en la obra, y que tiene su motivo fundamental en el hecho de que este fluir lleva hacia el destino final del hombre: la muerte, otro gran tema en la obra de Guillén.

Carente de un sentido de trascendencia, fruto de la fe en unas creencias religiosas, Guillén ve la muerte como la pérdida absoluta de todo lo que puede tener el hombre, como la negación del mismo ser:

> «Los pobres muertos lo han perdido todo,
> [... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
> No guardan ni su propio ser de muertos» (p. 25).

La visión que tiene de ellos, los muertos, es angustiosa y deprimente; es consciente de que los muertos son únicamente polvo, y por no tener no tiene ni la angustia que sufre el hombre con el transcurrir del tiempo; su única relación con el mundo de los vivientes es el sentimiento de pena experimentado por los que aún gozan de la vida:

> «*Los pobres muertos no padecen nunca,*
> Apenas piedra que se desmorona,
> O polvo de retorno en pro de un fondo
> Sin fibra de dolor, sin yo retráctil,
> Sin tiempo en que se angustie la memoria» (p. 25).

Guillén, sabedor de su ser mortal, se rebela contra el fatídico camino que le lleva a «la gran sombra». Esta sensación angustiosa se intensifica con la consciencia del paso del tiempo en el propio poeta, un fluir que cada vez más le va llevando hacia la muerte, no al hombre en general, sino a él mismo, cuya edad raya ya la vejez física, no espiritual:

> «¡Ay! Sin querer soy yo quien lo profiere,
> Ahora espectador
> De un alma que se deja
> Presentir a la orilla
> Del tiempo, *de mi tiempo,*
> *Fluyente por un curso*
> Tan inmediato ahora,
> *Natural y angustioso,*
> Con una angustia apenas emergida
> *Frente a la muerte que en el ¡ay! asoma*
> *Desde su claroscuro no entrevisto*» (p. 42).

La expresión conceptual de su conciencia de finitud deja paso a la experiencia directa del hombre, consciente de su fin inmediato cuando ya ha alcanzado la edad de los sesenta años, que se rebela, sabiendo que mientras haya un ápice de vida en su ser, merece la pena seguir viviendo. En este sentido se encuentra la fuerza desgarradora de un soneto, extremadamente vivencial y autobiográfico, titulado *Ars Vivendi*, de grandes resonancias quevedescas, ya apuntadas en la cita de Quevedo que encabeza el poema.

«*Pasa el tiempo y suspiro porque paso,*
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
*Ay, Dios mío, me sé mortal de veras*
Pero mortalidad no es el instante
Que al fin me privará de mi corriente.
*Estas horas no son las postrimeras,*
*Y mientras hay vida por delante,*
*Serán mis sucesiones de viviente*» (p. 138).

Este deseo de transcender a la muerte, este anhelo de pervivencia es vivido por el poeta. La poesía, que ha sido para Guillén un medio de relacionarse con el mundo, de ser él mismo en su propia naturaleza junto al resto de los hombres, «*Me despierto en mis palabras. Con ellas soy, del todo soy*», le sirve también ahora como un medio de perdurar, de transmitirse en el recuerdo de otros seres, única esperanza que les resta a los muertos. Sí, es posible que él muera, pero desea que la esperanza que alienta en su poesía siga transmitiéndose a través de otras generaciones:

«Ay, patria,
Tan anterior a mí,
Y que yo quiero, quiero,
Viva después de mí — *donde yo quede*
*Sin fallecer en frescas voces nuevas*
Que habrán de resonar hacia otros aires,
*Aires con una luz*
*Jamás, jamás anciana*» (p. 15).

El hecho de que Guillén tome como asunto de su poesía sus angustias y sentimientos sobre el paso del tiempo y de

la muerte, enlaza con un aspecto inédito dentro de su obra, *el autobiografismo*. La plena entrada del poeta en la problemática de la historia que está viviendo, le hace manifestarse en su propio ser individual, y, como un hombre más, inmerso en la dinámica del universo, Guillén se descubre a nuestros ojos, manifestándose en contra del hombre-ángel, caracterizado por su pureza y perfección:

> «¿Yo puro? Nunca. ¡Por favor!
> La pureza para los ángeles
> Y, tal vez, el interlocutor» (p. 97).

Guillén se muestra consciente de la contradicción de su vida, cuyo desarrollo está fuera de toda perspectiva rectilínea, una vida humanizada, lindante entre el bien y el mal, tremendamente fructífero o absolutamente negativo:

> «Profundidad de cauce donde fluye,
> Visible río largo, la corriente
> Del tiempo, *de mi tiempo, de esta vida*
> Perdida y no perdida .....» (p. 146).

Como un hombre más se siente un ser también entre tinieblas, perdido en un mundo sin objetivos o caminos claramente marcados, con una esencia y finalidad que constituye un motivo de interrogación para él mismo:

> «La oscuridad y el silencio son una masa negativa que, sin embargo, cubre, pesa y me protege *a mí, casi indistinto de la noche en un mundo que casi ignoro, apenas recordándome*» (p. 130).

Prisionero de este mundo, se encuentra totalmente sujeto a unas cadenas que le imponen su existencia de hombre y que le hacen perder la libertad de emprender cualquier nueva empresa, a pesar de lo cual se rebela y se levanta:

> «*Aunque preso en la Tierra y sus prisiones*
> *El corazón audaz*
> *Emprende la conquista*» (p. 143),

aunque tiene conocimiento de que la verdad absoluta, y los

grandes enigmas del hombre, serán siempre desconocidos para él:

> «Yo no sé saber más.
> Bien se esconden los últimos enigmas,
> Misterios para siempre» (p. 145).
>
> «Integro así, flexible
> Junto a la circunstancia» (p. 137).

Guillén se aferra a su destino humano, en solidaridad con el resto de los hombres, consciente de la necesidad de la fraternidad que debe guiar las relaciones entre todos:

> «*Quiero mi destino*
> Arraigado a través de estas raíces:
> Mis huesos de animal,
> Sólo en esta morada,
> *Nuestra* de polo a polo.
> De minuto a minuto» (p. 144).

Como una innovación dentro de la temática guilleniana, aparecen en esta obra motivos y alusiones relacionados con la dimensión religiosa del hombre. Frente a una ausencia casi total de este tema en *Cántico,* irrumpe con gran fuerza en todas las partes de *Clamor* y en especial en *A la altura de las circunstancias.* La concepción religiosa de Guillén en *Cántico,* enmarcada dentro de una tradición platonizante, deja paso en esta obra a una concepción cercana a la tradición cristiana de Occidente, sin que se pueda por ello hablar de un Guillén creyente. Guillén proyecta su visión de la figura de Cristo a través de los tres momentos más importantes de su vida (la epifanía, la muerte y la resurrección) y de otros, como en el poema *Emaús,* todos recogidos del Nuevo Testamento. Identificado más bien con una línea paulina que con un tradicional catolicismo, presenta a un Cristo-Dios, sin magnificencia, ni omnipotencia, completamente humanizado, nacido entre los humildes:

> «*Dios no es rey* ni parece rey,
> *Dios no es suntuoso ni rico.*

*Dios lleva en sí la humana grey*
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
Dios está de nueva manera,
Y viene a familia de obrero,
Sindicato de la madera.
*El humilde es el verdadero*» (p. 131).

La importancia de este Cristo radica para el autor en que su doctrina es la verdad, y su enseñanza, la solidaridad entre todos los humanos, único camino que, como se ha visto, conduce a la salvación de la Humanidad:

«El cielo estrellado gravita
Sobre Belén, y ese portal
*A todos los hombres da cita*
*Por invitación fraternal*» (p. 131).

Cristo es para Guillén el «Hombre» por excelencia que encarnó el dolor supremo y el sufrimiento, el que padecía y sigue padeciendo la humanidad. Guillén dedica un largo poema, dividido en cuatro partes, *Pietá,* a la muerte de este Dios-hombre, en el que recoge los últimos momentos vividos antes de su muerte. A través de unos versos de gran sentimiento y expresividad, se aprecia cómo, al igual que en la agonía de Cristo sólo la piedad y la compasión aliviaron su dolor, en la humanidad también muchas veces no cabe otra posibilidad que la de la compasión:

«Entonces,
*Donde el amor no puede ser vivido*
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
*Surge la tentativa* más humana.
Cúspide al sol. *Piedad*» (p. 31).

En un pequeño poema, titulado «Resurrección», que aborda el último paso transcendental de Cristo en la tierra, Guillén confiesa que la idea cristiana de la resurrección del HOMBRE implica también la transcendencia de todos los demás y, por tanto, un cambio total en la perspectiva de la existencia, ya

que el mundo vivo del ser se enfrenta y vence al mundo negativo de la Nada:

«Domingo de Resurrección.
El mundo impone claridad,
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
*La vida es así tan entera*
*Que aterrando a la muerte avanza.*
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
*El tiempo asciende a eternidad*» (p. 148).

Sin embargo, a pesar de que se halla este asunto como tema de muchos de sus poemas, considero que no se puede hablar de ninguna manera de un Guillén creyente, enmarcado dentro de una fe religiosa concreta. La esencia de este cristianismo, basada principalmente en un sentido de transcendencia de la vida terrena, no es visible conscientemente en nuestro poeta. Son demasiados los ejemplos que muestran un Guillén cuya esperanza radica exclusivamente en un hombre bien asentado en el universo y cuya meta es oponerse a su propia negación, es decir, a la Nada:

«*Mi tiempo va a su fin, ay, necesario*
Para dar su perfil a mi figura.
[... ... ... ... ... ... ... ... ... ...]
*Este cuerpo en su tiempo,*
*Mi espíritu en su forma,*
*Y todo indivisible en una llama,*
*Yo, que se apagará*» (p. 144).

Sólo la afirmación de su propia naturaleza y de su profunda contradicción, servirán al hombre para recorrer el largo camino de su existencia. El conocimiento de sus debilidades y grandezas y la práctica del amor y la solidaridad con el resto de los humanos que pueblan el universo habrán de ser los objetivos primordiales de una Humanidad que desea sobrevivir y transmitir sus ricas tradiciones a las generaciones futuras. Unicamente la elección de este camino salvará al hombre de su aniquilamiento como individuo y como especie.

* * *

El sentido tremendamente humano y actual que Guillén desarrolla a lo largo de todos sus versos lleva a afirmar que nos encontramos ante una de las obras fundamentales de la literatura que tiene como protagonista al hombre mismo. A pesar de que la lectura de este libro revele la existencia de un Guillén desconocido e insólito, no debe olvidarse que esta evolución en sus planteamientos estéticos no es sino un exponente más de la que sufrieron sus compañeros de generación. Si al final de la década de los veinte, los principios artísticos de ésta se situaban en la línea de un arte vanguardista, de índole deshumanizante —recuérdese la difusión del ensayo de José Ortega y Gasset *La deshumanización del arte*— pronto los acontecimientos políticos y sociales de la época dificultaron cada vez más la existencia de un escritor aislado de la problemática del momento, encerrado en su torre de marfil.[13] Ya en el filo de los años treinta se produjo un profundo cambio en la trayectoria literaria de muchos de los autores vinculados a Jorge Guillén. Federico García Lorca funda *La Barraca*, teatro ambulante creado para difundir por los lugares más recónditos sus ideas políticas y literarias. Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Luis Cernuda se alinean con los escritores antifascistas de la revista *Octubre*. Manuel Altolaguirre llega a formar parte del grupo *Teatro proletario*. Emilio Prados se define una y otra vez como escritor social, integrándose en la Alianza de Intelectuales Antifascistas.[14] No obstante, fueron los acontecimientos de la guerra civil española y sus posteriores consecuencias las que determinaron la evolución del resto de los protagonistas de la Generación del 27. Salinas se exilia y

---

[13] Sobre el tema del compromiso del escritor con su entorno político puede consultarse mi artículo «El compromiso en la Literatura: La narrativa de los escritores de la Generación del Nuevo Romanticismo», *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 1982, pp. 31-58.

[14] La evolución de muchos de los poetas de este período en la década de los años veinte y treinta es abordada por Anthony Leo Geist en un excelente ensayo titulado *La poética de la Generación del 27 y las revistas literarias. De la vanguardia al compromiso (1918-1936)*, (Barcelona, Labor, 1980).

en 1944 aparecen tres libros claves para la evolución de la poesía en España. Dámaso Alonso publica *Hijos de la ira* y *Oscura noticia* y Vicente Aleixandre crea su *Sombra de paraíso*. Son precisamente dos de los integrantes de la Generación del 27 los maestros de los poetas sociales de los años cincuenta. La vuelta al hombre será la tónica general de la poesía más renovadora de este período.

Así pues, no debe extrañar la evolución ideológica y estética en la trayectoria poética de Jorge Guillén. Este será un exponente más de la vuelta a lo humano que caracterizará la obra de los supervivientes de la Generación del 27. *A la altura de las circunstancias* es sin duda una de las mejores obras de la poesía española de la postguerra. Sus planteamientos vitales pueden hacer reflexionar profundamente al hombre de la década de los ochenta.

M.ª FRANCISCA VILCHES DE FRUTOS
Consejo Superior de Investigaciones
Científicas. Madrid.